



T. C. BOYLE

El pequeño salvaje

Traducción de Juan Sebastián Cárdenas

IMPEDIMENTA

T. C. BOYLE, *El pequeño salvaje*, traducción de Juan Sebastián Cárdenas, Impedimenta, Madrid, 2012, 128 pp. ISBN 978-84-15130-66-6. (Wild Child, 2010).

EN la Francia de finales del siglo XVIII la vida todavía transcurre muy cercana al campo, alejada del bullicio de las grandes ciudades. Es el espacio del bosque, de la montaña, de la naturaleza agreste; marco eterno de cuentos populares. En uno de esos bosques hace años que se conoce la existencia de un espíritu que vaga de un lado a otro provocando el mal y las penurias de los pueblos de alrededor. No parece gratuito que Thomas Coraghessan Boyle rescate el detalle de estos espíritus, frecuentemente representados en la literatura popular europea (los duendes, *els follets, es barruquets*, el familiar, *il folletti...*) como esos seres sobrenaturales domésticos que conviven con el hombre diariamente y duermen junto al fuego, que son culpables de todos los males porque son traviesos y malintencionados, sobre todo cuando se les lleva la contraria. Estas leyendas se alimentan de la ignorancia, porque de la ignorancia se nutre el miedo y por desconocimiento se atribuye a los espíritus lo que no dejan de ser acontecimientos naturales, como el hecho de que un animal (¿o un hombre?) ronde las granjas en busca de comida. Leyendas que el autor gusta de recuperar al modo que los hermanos Grimm, autores coetáneos de los sucesos relacionados con el niño salvaje de Aveyron, recuperaron la tradición popular en sus cuentos: ¿cómo ha llegado el niño salvaje hasta el bosque? Relata Boyle que una madrastra arrastró hasta lo más profundo del bosque

a la criatura de corta edad para darle muerte y dejarlo como alimento de las alimañas del bosque (de la misma manera que la madrastra de Blancanieves o que la madre de Hansel y Gretel). Pero el arrepentimiento del último momento hace salvar la vida del niño, que pasa a criarse entre bestias hasta que el pueblo lo acecha y captura sin saber muy bien con qué fin.

T. C. Boyle recoge así la historia del niño salvaje de Aveyron para relatar con encanto el tránsito de la naturaleza a la civilización. La situación la narra con crudeza, como cruda es la carne de la que se alimenta el niño salvaje, pero no es inclemente con el niño, ni con aquellos que supuestamente lo abandonaron (a los cuales menciona de pasada y como una hipótesis difícilmente probable), sino que lo es con aquellos que se jactan de haberlo cazado. Es un relato del paso entre el estado salvaje y la civilización, entre el bien y el mal, entre el comportamiento irracional y la razón, entre el hombre y el animal, siendo virtud de T.C. Boyle no permitirnos en ningún momento pisar firme en ninguna de las dos orillas, ni saber muy bien hacia dónde dirigimos nuestros pasos o de dónde proviene nuestra suerte. Un tránsito que parece inmediato se torna en ocasiones abismo infranqueable.

Un niño asilvestrado y criado entre bestias, que una vez recuperado para la civilización pasa a ser una atracción de feria. Su llegada a París se torna una nueva experiencia para sus sentidos, no tanto por las emociones, sino por las sensaciones: “lo que veía, lo que escuchaba y lo que olía”. El olor de la civilización resulta ser nauseabundo, más que olor es hedor. Poco a poco T.C. Boyle narra el desgarró que



supone para el niño abandonar la naturaleza que le ha acogido y adentrarse en la civilización que le imponen: “Él no conocía más que lo inmediato, sólo comprendía aquello que sus sentidos le transmitían” Solo la sensibilidad de Jean Itard y de Madame Guerin, aquellos que se niegan a verlo exclusivamente como un reto científico, nos permite vislumbrar la calidad humana previa a cualquier intento de socialización: “estaba siendo acariciado por una criatura semejante a él y no había nada que temer en ello, ninguna clase de violencia”. Ambos anteponen el amor filial a cualquier interés científico, con la intención de atender a una criatura abandonada e integrarla en su comunidad, empeñándose en revelar todo lo humano que conserva el hombre, más allá de su condición primigenia de animal. El pequeño salvaje resulta ser el eslabón que une, en la escala de la evolución, al hombre con los animales: es el primer hombre y a la vez el último animal, es el hombre criado en solitario y que, por tanto, se asemeja más a un animal, sin dejar de conservar su condición humana que es preciso desentrañar. Y aunque la pasión por enseñarle a vivir entre los hombres es mucha y no cesa en el empeño, Jean Itard siempre vela por los intereses del niño salvaje y no tanto por sus logros científicos, aborreciendo la indiferencia de aquellos que una vez comprueban que el “experimento” con el niño no les reporta ningún beneficio profesional son capaces de abandonarlo a su suerte: “Nosotros lo sacamos del bosque y lo civilizamos, y ahora no podemos simplemente desentendernos del asunto y expulsarlo”

Es precisamente Itard el que le da nombre (Víctor), el que nombra por primera vez al pequeño salvaje, percatándose de que es preciso tener un nombre, poder ser nombrado, para dar un paso adelante en la integración. Después de tantas idas y venidas y tantas investigaciones nadie le había dado un nombre para dirigirse a él. Al darle nombre, el salvaje, un chico, el niño salvaje, pasa a ser persona y de alguna manera se le aporta humanidad. Pone así en valor el hecho de que Víctor es un ser único al que se debe estimar en sí mismo antes que en comparación con todos los que, artificialmente, le rodean: “Víctor no podía compararse con otros niños, pero sí podía hacerlo consigo mismo”

Me ha resultado inevitable leer este libro mirando de reojo la película de François Truffaut, *Le petit sauvage*. Inspirada en los mismos hechos, se esfuerza también en revelar la condición humana y en confrontar, melancólicamente, la vida salvaje y la civilizada. Como si la adquisición de ésta implicara irremediabilmente la pérdida de aquella, a la cual miramos con nostalgia: “Lo único que le queda de su pérdida libertad: beber agua mirando el campo y bajo el sol”. Nostalgia omnipresente en el Jean Itard de T.C. Boyle, que continuamente contempla “el fracaso acechando en los rincones”, lo cual le hace dudar de su labor y de la bondad de sus enseñanzas: “¿Cuán útiles le resultarían en ese ambiente las eternas horas de ejercicios para relacionar las formas y las letras y pronunciar las vocales desde el fondo de la laringe? De nada le servirían. De nada. La vida, tal como ellos se la habían hecho concebir, no valía nada”. Es necesario que Víctor huya para que Itard se percate de que todo aquello que le enseñan (el identificar objetos y nombrarlos, las posturas, la solicitud, los modales...) era inútil para sobrevivir en la vida salvaje: “cayó en la cuenta de que ahora dependía de los demás”, no sólo por indefenso en el nuevo espacio en el que ha de sobrevivir, sino sobre todo por inexperto en el arte de convivir en comunidad con unas reglas concebidas más allá de la supervivencia.

Sin embargo, T.C. Boyle sabe que la humanidad se encuentra a más metros de profundidad y que no solo los hábitos definen al hombre; se hace necesario alcanzar el habla, expresar verbalmente el deseo, pasar de lo que veo a lo que pienso: “el salto de la palabra escrita a la hablada, que comprometería todas sus facultades y lo convertiría totalmente en humano por primera vez en su vida” y con ella y desligado de las necesidades más básicas, poder descubrir la



razón: “Ahora que la comida abundaba y sólo tenía que pedirla ¿empezaría a desarrollar algún tipo de vida interior, una vida dotada de propósitos racionales?” Destellos de esa racionalidad es la capacidad, demostrada con el llanto, de discernir entre lo justo y lo injusto. Si el llanto siempre había sido testimonio de dolor, conforme avanza en su aprendizaje, en su civilización, se torna expresión también del sentimiento de injusticia, pasando, como ya hemos visto, de la sensación a la emoción y de ésta a la razón. Un camino que recorre Víctor de la mano de Itard; personajes de los que se sirve T.C. Boyle para expresar sus principales críticas a la sociedad del momento: recela de las leyendas, creencias y supersticiones de los pueblos, advierte de la necesidad de atender lo diferente, alaba a la comunidad científica a la vez que pone en entredicho muchas de sus opiniones, como la de aquellos científicos que achacan a la deficiencia del otro el fracaso de sus propias teorías, justificando con ello incluso el abandono que sufre el pequeño salvaje cuando niño.

El hallazgo del niño salvaje, y su posterior conversión en el civilizado Víctor, tiene en las letras de T.C. Boyle el encanto de la inocencia, tanto por parte del que accede por primera vez a la civilización como por parte de aquel que le acoge. Fracasos, huidas hacia atrás, rechazo, indiferencia... todo ello no merma la ilusión de Itard, ni menoscaba sus esfuerzos por desentrañar lo humano, aquello que nos hace diferenciarnos de los animales y que fija nuestra atención en el otro. Y, a pesar de ello, “en el mismo momento que experimentaba el dolor de la pérdida como una punzada, creyó que lo atravesaba, limpia e instantánea, una aguda sensación de liberación”. No deja de ser una carga detectar en el otro nuestra propia humanidad.

José V. Garibo